

Entrevista a Elsa Drucaroff, Buenos Aires, marzo 2025

Ewa Kobylecka-Piwońska:

La primera pregunta formal es: ¿estás de acuerdo con que grabemos la entrevista?

Elsa Drucaroff:

Estoy de acuerdo.

Ewa Kobylecka-Piwońska:

La entrevista la hacemos en el marco de un proyecto de investigación sobre la memoria judía, del Holocausto, en posible diálogo con las historias de violencia poscoloniales. Comenzamos con preguntas generales y luego vemos cómo se desarrolla.

Diego Niemetz:

Nuestra idea es tratar de posicionar a los autores, entender cuál es su perspectiva y vinculación, particularmente, con la memoria judía. Organizamos algunas preguntas que están relacionadas con tres ejes generales, pero la idea es que sea una charla y que nos puedas contar algunos aspectos en los que se vincula tu identidad judía con tu producción literaria.

Ewa

Kobylecka-Piwońska:

Empecemos con eso, con tu identidad judía. ¿Cuál es la relevancia de lo judío en tu obra?

Elsa

Drucaroff:

Primero tendría que hablar de la relevancia de lo judío en mi vida. Soy una judía de la diáspora, muy mezclada. Mi madre no era judía, venía de una familia argentina criolla de inmigrantes españoles mezclada con gente de pueblos originarios. Mi padre viene de una familia judía, de un shtetl del norte de Odessa, que llegaron en 1913.

Mi relación con los judíos es muy fuerte, ya que esos abuelos, que vivían a 800 metros de mi casa, tuvieron una participación muy fuerte en mi vida y en la colectividad judía de izquierda de la época. Recibí de modo muy poderoso la alegría de ser judía, los intereses, los libros y el lado “letrado” de la tradición.

Mi abuelo era de origen muy humilde. Llegó a los 13 años, hizo la primaria argentina en pocos años porque era muy brillante y terminó siendo odontólogo, pagándose la carrera mientras trabajaba como ayudante de carnicero en un puesto de un mercado.

Mi abuela materna también era de origen humilde, del mismo shtetl en que se conocieron. Venían de estos judíos que se instalaron con las tierras del barón Hirsch en los campos cerca de Bahía Blanca. Ella se acuerda que, con 3 años, pisaba bosta con barro para hacer adobe y construir su casa. Era gente muy pobre, pero letrada y admiradora de la cultura. Me inculcaron la escritura, la cultura, y lo tengo muy enredado con ser judía. Es una parte muy fuerte, más que del otro lado de la familia, que era menos culta y menos lectora.

Ewa

Kobylecka-Piwońska:

¿En la casa de tus abuelos se hablaba idish?

Elsa

Drucaroff:

Se hablaba idish.

Ewa Kobylecka-Piwońska:

¿Vos entendés algo? ¿Te quedó alguna palabra?

Elsa Drucaroff:

Entiendo bastante y es muy gracioso, porque ellos hablaban idish para que yo no entendiera. Cuando hablaban de sexo, hablaban en idish. Empezaban a contarse algún chisme y decían: "Eh, fulana está peleada con mengano porque parece que..." y empezaban a hablar en idish.

Lo cierto es que sí, entiendo bastante. No sé si es porque estudié alemán cuando era adolescente o por escucharlos a ellos, o porque la lengua materna de mi pareja es el idish y lo hablaba con sus padres siempre.

Y, en relación con lo judío en mi obra, podría hablar de *El Infierno prometido*. Yo elegí escribir esa novela y tengo recuerdos de mi zeide hablando de la Zwi Migdal en idish para que yo no entendiera, pero dándome cuenta de que estaba hablando de algo oscuro. Me acuerdo de mi zeide y mi babe, mientras íbamos en el auto por calle Las Heras, señalando un departamento lujoso y diciendo que era de la Zwi Migdal. Ese tema era como una sensación de secreto familiar y yo tengo una necesidad muy fuerte de poner los secretos en palabras, sacar los trapitos al sol.

No creo que mi familia haya tenido ningún contacto con la Zwi Migdal, del estilo de haber sido cafishios o prostitutas, pero sí eran cosas que latían dentro de la colectividad.

No diría que es solamente esa mi influencia, más allá de que esté tematizada y que a veces aparezca la situación de alguien que pertenece a la colectividad o un yo que habla del asunto. En *El pasadizo secreto*, el último libro que escribí, hay una situación de discriminación que sufrí yo personalmente en una escuela religiosa.

Son escenas autobiográficas, pero es un libro fragmentario, ya que tiene escenas autobiográficas que giran alrededor de otro eje. La última parte tiene que ver con mi decisión de tratar de emigrar a Europa cuando tenía 24 años, en el último año de la dictadura.

Tuvo mucho que ver con un episodio de antisemitismo que sufrí, en plena dictadura, en una escuela religiosa. En el libro está contado eso, por ejemplo, porque es parte de mi vida, porque el judaísmo es algo que me acompaña, aunque no soy religiosa.

Esa sensación cuando decís que una escuela religiosa... era una escuela... una escuela católica.

Diego

Niemetz:

¿Vos ibas a una escuela católica?

Elsa

Drucaroff:

Enseñaba ahí. Mi primera experiencia docente fue en un bachillerato católico, de altísimo nivel, humanista, relacionado con la teología de la liberación y dirigido por gente muy hermosa e idealista. La escuela de enfrente era el Sagrado Corazón de Castelar, donde enseñaban Leonie Duquet y Alice Domon, monjas francesas que desaparecieron durante la dictadura. Y ellas tenían relación con Inmaculada.

Cuando entro a trabajar ahí soy muy feliz porque, en medio de la dictadura, tenía una isla de libertad hermosa para trabajar. Los milicos, por alguna extraña razón, no se habían metido en la escuela, aunque tiene jóvenes desaparecidos. En el 82, el colegio sufre una serie de denuncias de algunos padres del Opus Dei, y yo soy una de las denunciadas por judía. Inventaron que yo no quería nombrar a Cristo. Fuimos varios los denunciados, uno por homosexual, otra por divorciada y yo por judía.

Cuento esa historia porque fue una lucha dentro de la escuela que terminó mal y es una de las razones por las cuales decidí irme. Lo cuento por eso, pero no porque me propongo hablar del tema judío. Lo que quiero transmitirles... pero entiendo lo que decías y estoy de acuerdo con... con la... con la alternativa.

Creo que lo judío en mí es esa sensación de mirada alternativa. En la escuela primaria, escuchaba las cosas que se daban por supuestas y eran contrarias a lo que se decía en casa. Yo no tenía pensamiento propio, hacía mía las opiniones de mis padres, que eran siempre distintas.

Diego Niemetz:

De tu literatura, lo más explícitamente judío, por lo menos en un nivel temático, es claramente *El infierno prometido*. Y esa producción, vinculada temáticamente con el judaísmo, a la vez es una mirada incómoda o alternativa hacia el interior de la colectividad judía. ¿Cómo te sentiste cuando publicaste la novela? Porque quedás en una doble posición “alternativa”. La novela explicita estos temas en un doble movimiento. Por un lado, para el afuera del judaísmo, y por otro, una mirada incómoda, alternativa o justiciera hacia dentro del mundo judío.

Elsa

Drucaroff:

Coincido. Hay algo justiciero en esta pulsión que tengo de hablar de lo que es incómodo. Al mismo tiempo, está ese chiste tan gracioso del náufrago judío.

Un judío que naufraga y, agarrado a un madero, logra sobrevivir y llegar a una isla desierta. Es muy habilidoso y termina haciéndose una casa, un templo para decir sus oraciones y otro templo más. Un día, un capitán lo encuentra y le pregunta cómo sobrevivió. El judío le cuenta todo lo que hizo y le muestra las dos sinagogas. El capitán le pregunta: "¿Para qué necesita dos sinagogas?", y el judío responde: “esta es la sinagoga donde hago mis oraciones y respeto las normas. Esta no la piso nunca en mi vida”.

No es muy original de mi parte sentir que quiero plantar discusiones y decir cosas incómodas. De todas formas, creo que cuando se habló de la Zwi Migdal hubo cierto alivio. Sentí algunos ataques, pero pocos.

Diego Niemetz:

¿Recibiste cuestionamientos por haber hablado de ese tema?

Elsa

Drucaroff:

Algunos sí, que me acusaron ridículamente de dar nombres, cuando en realidad los nombres son todos ficcionales, sacados de una lista que está en el libro de Alsogaray.

Diego Niemetz:

¿Por qué no podrías dar nombres?

Elsa

Drucaroff:

Bueno, por estigmatizar, ese tipo de cosas. Molestó mucho que yo no aceptara la versión de que todas las chicas hubieran venido pobres, inocentes, que no sabían a qué venían y acá las mancillaron. No lo acepto. Me parece denigrante para las mujeres: ¿qué somos? ¿idiotas? Me parece una falta de respeto a la inteligencia y una cosa de una moralina repugnante.

Donna Gay, en su libro sobre la prostitución en Argentina, explicaba cómo no había proyecto de inmigración posible para una mujer (salvo para una tutelada) y que tampoco había un mercado laboral esperándolas acá. Y si lo había, era denigrante, muy mal pago y suponía abusos sexuales.

Yo traté de no victimizar sin perder de vista que, en una red de trata, una mujer es una víctima. Una cosa es que sea una víctima y otra cosa es victimizarla.

Y eso molestó, pero no tuve grandes episodios en ese sentido. La verdad tuve más episodios con el último caso de Rodolfo Walsh, por ejemplo, donde fui acusada de reaccionaria y de mancillar la figura de un héroe.

Diego

Niemetz:

¿Recibiste críticas desde la izquierda?

Elsa

Drucaroff:

Sí, desde ahí. No muchas, pero algunas sí.

Ewa

Kobylecka-Piwońska:

Mencionaste el caso de antisemitismo que sufriste en la escuela. ¿Eso te ha ocurrido otras veces?

Elsa

Drucaroff:

Sutilmente. El antisemitismo es un sentimiento vergonzante en este momento y queda muy mal serlo, pero sutilmente los he percibido más de una vez. Los sigo percibiendo, a

veces de modos muy raros, de la persona que menos te lo esperas. Comentarios que son descolocantes, que si lo hacen ante nosotros, que tenemos un apellido que nos “delata”, no me imagino las cosas que se dirán cuando no estamos presentes.

Te estoy hablando de gente progresista, que no parece tener ningún tipo de prejuicio. Casos como ese profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la carrera de Artes...

Mi posición frente al conflicto de Gaza no es ni mucho menos pro israelí, pero ese posteo, ese odio racial, visceral, es escalofriante.

Y esto dicho “desde la izquierda”, por ejemplo. Igual, tengo entendido, que es una persona que “le faltan algunos jugadores”.

Diego

Niemetz:

Esa forma de antisemitismo silencioso, que no se dice, no se expresa y termina resultando lacerante. Es doloroso para nosotros, que siempre nos identificamos con un otro progresista. ¿Cómo has sentido que ha sido tu inserción como escritora judía en el campo literario argentino? ¿Has sentido o has percibido, quizás más alrededor de *El infierno prometido*, de encasillamiento o alguna especie de compromiso de algún lugar?

Cuando escribiste de Rodolfo Walsh, ¿lo escribiste con algún compromiso ideológico político?

¿Un tipo de función judaica específica?.

Elsa

Drucaroff:

Sí, lo sentí en todo lo que escribí, aunque a veces con causas diferentes. Particularmente con *El infierno prometido*, que era un homenaje a mis abuelos, trabajé con esas memorias. Fue una novela, además, que hice cerca de mi padre, que era el que quedaba vivo. Él fue leyendo todos los capítulos, aportó frases en idish, criticaba. Trabajamos de un modo muy estrecho, pero no era solo lo afectivo, quería hablar de la inmigración y de la diáspora.

Diego

Niemetz:

Me parece muy interesante el concepto de la cultura diaspórica como un eje, como dijiste antes, en relación a tu identidad judía.

Elsa

Drucaroff:

La cultura diaspórica supone esa incomodidad, ese sesgo, ese lugar diferente del que

hablábamos. Nos hemos lanzado al mundo y hemos aportado un montón de cosas sin dejar de ser y tampoco renunciar a nuestra diferencia. Y ese diálogo me conmueve mucho.

También siento mucho ese compromiso como crítica literaria. Cuando trabajo una escritora o un escritor que es judío, encuentro esa diferencia, está.

Trabajé mucho con la literatura de Fina Warschaver, y encontré mucho de esa posición de incomodidad y de no terminar de tener un lugar claro en el entorno. No solo porque es mujer, sino porque además es judía.

Dentro de mi propia obra literaria, hay un libro del que fui la “ghost writer” de alguien que acaba de morir, Francisco Witcher, el único sobreviviente de la Lista de Schindler que vino a Buenos Aires. Escribimos juntos el libro de sus memorias, que se publicó a finales de los 90 en una editorial que tenía Alejandro Horowicz.

Él me traía hojitas escritas con letra diminuta, él hablaba, yo escribía. Armé así *El 11º mandamiento*, para mí uno de los mejores libros que escribí, aunque no es mío, son sus memorias. Ese libro es parte de mi compromiso. Fue un trabajo durísimo, una historia tremenda y de una crueldad espantosa.

Creo que ese trabajo no lo hubiese hecho del mismo modo si no fuera judía. Había una deuda, un compromiso. Son cosas de un nivel tan doloroso, escuchar sus historias contando cómo perdió absolutamente a todos en ese deambular, incluida a su hermana.

Ewa

Kobylecka-Piwońska:

Me imagino que tu familia, la familia de tus abuelos, también se quedó ahí, ¿no?.

Elsa

Drucaroff:

No, la familia de mis abuelos más cercana emigró antes. Tengo la teoría de que eso arma otro tipo de de judío. Una teoría sociología berreta, si quieren.

Yo vengo de una familia judía de izquierda antisionista, mi zeide y mi babe pertenecieron al Partido Comunista Argentino toda su vida. Y tenían una mirada totalmente pegada a las órdenes del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, como todos los partidos comunistas en América Latina y Europa hasta los 60’.

Su política pasaba por una especie de obediencia total. Con lo cual, su posición frente a la Guerra de los Seis Días y frente a los conflictos en Medio Oriente, estuvo siempre

signada por eso del modo más acrítico. Mi zeide era un líder importante de la colectividad judía de izquierda, fundador del Icuf, de los *shules* de Buenos Aires, de Mendoza.

Cuando sucede la guerra de los Seis Días, se produce un cisma terrible en la colectividad judía. Al día siguiente del estallido, recuerdo que estaba en la casa de mi zeide y de mi babe, que parecía un comité político.

Yo tenía una especie de estupor, porque me habían dicho que en la guerra, nosotros estábamos con los árabes. Mi abuelo cristiano, el papá de mi mamá, un radical que había sido anarquista, profundamente pro semita, me había mostrado un mapa y me había dicho: "Todos estos países están contra este país chiquitito que está luchando heroicamente". Y dos horas después, estaba en la casa de mi zeide y mi babe que decían todo lo contrario.

Una parte del problema, no tiene que ver con haber vivido o no la Shoá, sino con que la especie humana encuentra "papás", figuras paternas, se aferra y admite cualquier cosa para no quedarse fuera de esos rebaños.

Por otra parte, creo que mi zeide pudo tener una posición tan liviana respecto de la existencia del Estado de Israel porque no había vivido la Europa de la Shoá. Su experiencia de adolescente fue en un país que le abrió los brazos, donde pudo tener tierras, ir a la universidad, hacer todas las cosas que allá no se podían. Sufría por lo que había pasado, tenía parientes, pero no eran muy cercanos.

Hay una diferencia entre ser crítico al gobierno de Israel o estar en contra de un genocidio, que es lo que está haciendo el gobierno de Israel, y otra es sostener que no debe haber Estado de Israel. Son posiciones muy distintas y ellos se deslizaban con una facilidad que quien vivió la Shoá en carne viva no puede.

Conozco gente crítica que no tiene esa posición frente a Israel o no podría estar sentada en un movimiento que apoya a los palestinos por ser los débiles, pero que junto con eso defiende el exterminio de Israel.

Me parece que, en nombre del miedo de los que heredan y sienten en carne viva el trauma de la Shoá, se le admite cualquier cosa a Israel.

La colectividad judía argentina, en su corrimiento mayoritario a la derecha y a la ultraderecha, muestra que puede tener una aceptación total que más allá de que haya sentimientos antisemitas, nadie nos va a matar si existe o no existe Israel. No es por eso que quiero que exista Israel, no es ese el problema.

Diego

Niemetz:

Los judíos que emigraron a la Argentina antes de la Shoá, venían escapando de persecuciones, matanzas, asesinatos y, particularmente en el mundo de los judíos de izquierda de tus abuelos, veían en la revolución bolchevique la redención de todo lo que los persiguió.

Elsa

Drucaroff:

Sí, solo que era un amor no correspondido. Tuvieron que cerrar los ojos y no ver lo que estaba pasando con los judíos soviéticos. Era la fantasía, no importa ni tu raza, ni tu religión, trans proletarios del mundo.

Ewa

Kobylecka-Piwońska:

En Polonia, sucede algo parecido. Los judíos que sobrevivieron la guerra en la Unión se alinearon con el partido comunista. “Judeocomunistas”. Esa noción es parte del discurso antisemita, por supuesto.

Elsa

Drucaroff:

Acá la “sinarquía”, la mezcla de judíos y comunistas. El discurso de la ultraderecha de la década del 70 hablaba de la sinarquía que había que exterminar.

Ewa Kobylecka-Piwońska:

Cambiando un poco el tema, quería preguntarte, porque me llamó la atención que contaste que tu familia paterna es judía y la familia materna no. ¿Tus abuelos maternos venían de pueblos originarios?

Elsa

Drucaroff:

Sí, me hice un análisis genético, así que puedo hablar con exactitud científica perfectamente. Tengo 14% de sangre de pueblos originarios de la zona de Cuyo, que pueden ser comechingones o huarpes.

Mi abuelo es hijo de inmigrantes españoles que llegaron a Argentina a finales del siglo XIX, desde Galicia y Andalucía. Mi abuela era marrón, de raza criolla. Ahora hay mucho racismo anti marrón. Y el análisis genético me da 50% de sangre judía.

Ewa

Kobylecka-Piwońska:

Mencionas el racismo, ¿lo percibís en la sociedad argentina?

Elsa

Drucaroff:

Sí, muchísimo. Yo percibo un racismo explícito, abierto y cada vez menos vergonzante hacia los/as marrones. Diría que es el fundante, el más poderoso y que se ve todo el tiempo. Los negros son los marrones. Son los que antes llamaban cabecitas negras.

Gente con cara indígena que, generalmente, es mezcla de pueblo aborigen con español, pueblo aborigen con pueblo africano, migrantes de países limítrofes.

Es un país muy racista. Y el antisemitismo sobrevuela de otro modo. No es explícito. Alguno puede hacerlo alguna vez explícito, pero le cuesta muy caro.

Ewa

Kobylecka-Piwońska:

El racismo contra los marrones, como decís, está públicamente permitido.

Diego Niemetz:

Tiene una licencia social. Se manifiesta mucho en el fútbol, en las canchas, en los cantos. Es difícil escuchar a una hinchada cantando cosas antisemitas, pero cantan cantos racistas que, en realidad, los involucran a ellos mismos.

Elsa

Drucaroff:

Y la policía, que está llena de gente marrón, es de lo más racista. Son los primeros en hablar de los negros.

Diego

Niemetz:

Desde tu punto de vista, entonces, ves distinto cuánto se castiga el discurso de odio racista frente al discurso antisemita.

Elsa

Drucaroff:

Creo que se castiga más el discurso antisemita, es bastante más caro pronunciarlo. Lo que más me impresiona es cuando lo veo en gente que sé que me quiere y que sé que a mí no me discrimina.

Diego

Niemetz:

Ahí entran en juego las alineaciones inmediatas, automáticas, en la política también se ve. Pero volviendo a tu identidad judeo argentina, estas ideas sobre cómo podían algunos manifestar sus posicionamientos políticos porque no habían estado en la Shoá y como eso limitaba la mirada de otros: ¿Podría pensarse que, después de esa experiencia, en la

generación siguiente, o quizás dos generaciones más adelante, hay un relato unificado, sin esa diferencia de los judíos que pueden hablar porque no estuvieron en la Shoá?.

Elsa Drucaroff:

Creo que hay grados diferentes de la herencia del trauma. No es lo mismo ser el bisnieto de Francisco Witcher, que acaba de morir a los 99 años, que ser la nieta de Sansón Drucaroff. Yo creo que los traumas y el dolor se transmiten, se heredan. Muchas veces se traspasan en secreto, porque la gente que pasó por esas situaciones no habla.

Witcher no había hablado nunca, por ejemplo. El hijo se enteró de cosas leyendo el libro. No se debe vivir igual si sos bisnieto de un sobreviviente, que si sos bisnieto de uno que llegó en 1890, fue médico y tuvo hijos universitarios.

Ewa Kobylecka-Piwońska:

Hablabas antes como la Shoá permanece como discurso modelo de genocidio, que es una especie relato oficial del Estado israelí usado para unos fines muy precisos.

¿Crees que hay rivalidad entre la memoria de la Shoá y otras memorias de genocidios menores?

Elsa

Drucaroff:

Rivalidad no. Si creo que no hay zona de la historia que no sangre y que hay muchos otros pueblos que han sido víctimas.

Diego

Niemetz:

¿Podrías profundizar en cuál sería esa diferencia entre el bisnieto del sobreviviente y el bisnieto del no sobreviviente? Encuentro que hay una preeminencia de la Shoá como una especie de legado judío al mundo, ¿no? Enzo Traverso habla de cómo la Shoá se convirtió en una religión civil global y que la memoria de los traumas está premoldeada en función de lo que podemos decir de la Shoá.

Entonces, en ese sentido, entiendo tu apreciación sobre ser el bisnieto de un sobreviviente a ser el nieto de una persona que emigró antes.

¿Cómo ves vos esa triangulación entre judaísmo, Shoá y memoria? ¿Cómo te sentís frente a esa realidad y cómo la experimentás frente a otras situaciones de genocidios?

Elsa

Drucaroff:

Es una pregunta muy difícil la que me haces. Te puedo decir que a mí las religiones no me interesan, ni civiles, ni sobrenaturales. Creo que las cosas más atroces que nos pasan como humanidad no deberían volverse un “preseteo” para moldear otras atrocidades.

Yo no leí esta idea de Traverso, pero me parece que puede derivar muy fácilmente a que esa memoria se vuelva como un modelo predigerido. Termina no siendo ningún aporte al articular otros actos atroces, les quita especificidad, empieza a ser hasta un problema cuantitativo, "nosotros 6 millones y vos 4 millones".

Somos lo que logramos hacer con lo que el mundo hace de nosotros. Me parece que la gente y generaciones judías, deberían tratar de producir y construir, también, con el dolor de nuestra memoria. Pero no armar de eso una religión civil que permite, además, una victimización que nos da derecho a todo.

Pasó acá algo parecido, con los desaparecidos, derechos humanos, etcétera. Así como se cerraron los ojos frente al antisemitismo de D'Elía, cerramos los ojos frente a Pablo Schoklender, frente al antisemitismo de Hebe de Bonafini, frente a la corrupción de ese sector de madres de Plaza de Mayo.

Son todas cosas que no se pueden pronunciar en nombre de esa micro religión civil argentina que se volvió la causa de los derechos humanos, en la cual se escudó Emerenciano Cena, por ejemplo. No es ese mi judaísmo, no es ese el modo en el que yo tomo existencialmente lo que me toca de la experiencia de la Shoá, que abarca desde la memoria transmitida de mis abuelos hasta ser compañera de Alejandro desde hace 39 años. La cantidad de marcas que le veo heredadas. Tenemos un hijo juntos que no tuvo ninguna educación religiosa, que tiene dos apellidos judíos y no está circuncidado.

Ewa

Kobylecka-Piwońska:

Concuerdo con lo que vos decís, esa rivalidad existe, pero no debería. En algunos lados está, en otros menos. Creo que en Latinoamérica es un lugar donde menos la percibo.

Les quiero contar lo que leí en un libro de historia de Europa de Tony Judt, judío británico, donde él escribió que cuando se agrandó la Unión Europea en 2005, la admisión de los crímenes del Holocausto era un “ticket de entrada” de estos nuevos países del Este: Polonia, Lituania, Letonia. Había que reconocer de algún modo la participación de los nativos. Alinearse al discurso de Holocausto como una condición de entrada. El

presidente de aquel entonces fue Jedwabne. Luego acontecieron otras historias y este discurso se volvió a anular en Polonia.

Veo que acá hay más sensibilidad hacia estos otros discursos de vulnerabilidad, y mucho más en escritores latinoamericanos.

Elsa

Drucaroff:

Cuando escribo historias de vulnerables y de gente que no encaja, siempre hay algo de mi judaísmo ahí. Tenemos facilidad para identificarnos con los que sufren, los marginados, despreciados, los que no tienen lugar.

Ewa Kobylecka-Piwońska:

¿Eso significa ser de izquierda?

Elsa

Drucaroff:

Para mí sí. Yo recibí eso de mis abuelos, con todos sus errores, pero lo recibí.

Diego

Niemetz:

Creo que eso también podría significar ser judío.

Elsa

Drucaroff:

Sí, el problema es que el rabino que consulta Milei también es judío.

Diego

Niemetz:

D'Elía también se considera de izquierda. Tiene vínculos con la colectividad islámica, lo cual me parece perfecto, pero realiza esa identificación expresando posiciones antisemitas.

Elsa

Drucaroff:

Quiero agregar una cosa. Yo creo que en mi pulsión, como crítica, por leer el texto y realizar un análisis puramente textual, hay algo también muy judío. Esa emoción de ver connotaciones, darle vueltas al texto y a las significaciones posibles. Tiene que ver con el Talmud, la lectura de la Torá, la línea del amor por las significaciones y por darle vuelta a las palabras. La crítica es talmúdica, ¿no?